

Testimonio de Andrea y Christian, un matrimonio misionero costarricense

Hola, somos Andrea Solano Madrigal y Christian Madriz Muñoz, un matrimonio joven costarricense, con 3 años de vida matrimonial, de aprender juntos, de crecer juntos, de perdonarnos y vivir el Amor un día a la vez, desde nuestras limitaciones, dones y anhelos.

Andre es oriunda de Pueblo Nuevo, Alajuela, y Chris es de Coronado (pueblo montañoso y frío de la capital, San José). Andre es economista y Chris es diseñador gráfico. Cuando nos casamos nos fuimos a vivir a Tres Ríos, en la provincia de Cartago.

Nos conocimos en un grupo misionero de espiritualidad comboniana, hace 7 años, y la misión siempre ha sido parte de nuestra amistad, noviazgo y matrimonio.

Eso sí, muchos años antes, la primera misión de Chris fue en un pueblito de la Parroquia de La Gloria de Puriscal, llamado La Angostura. Curiosamente, la primera misión de Andre también fue en esa misma parroquia, en otro pueblo llamado Naranjal, unos años después.

En Costa Rica -como otros países de Latinoamérica- la misión es muy cercana, pues muchos pueblos rurales necesitan de misioneros en Semana Santa u otros momentos del año, para celebrar las fiestas y momentos importantes de nuestra fe, pues, a menudo, las parroquias rurales cuentan sólo con un sacerdote que debe ver 10 o más pueblos.

La primera misión fuimos de amigos a Finca 8, un pequeño y hermoso pueblo en la Parroquia de Palmar Norte, al sur de nuestro país, cerca de Panamá. La segunda misión de Semana Santa, fuimos a Barbacoas de Puriscal, cuando ya éramos novios. Durante la tercera misión nos tocó vivir la experiencia misionera separados, pues éramos los que teníamos más experiencia dentro de la comunidad, en la Parroquia de La Soledad. A la cuarta misión, ya fuimos de esposos, de nuevo a Puriscal.

Después, formamos parte del Grupo Misionero de La Soledad, en San José, y lo vimos crecer poco a poco; dónde estábamos a cargo de la formación. Ahí conocimos a los que serían nuestros padrinos de matrimonio, los cuales hoy son los coordinadores del grupo. Estuvimos ahí por 3 años.

Justo antes de dar este paso a las misiones a las que Jesús nos invita hoy, estuvimos creciendo en una Comunidad del Camino Neocatecumenal, en nuestra Parroquia Nuestra Señora del Pilar, en Tres Ríos.

Desde antes de casarnos, ambos anhelábamos la misión ad gentes, y consagramos nuestro matrimonio a la Sagrada Familia, como el modelo a seguir; y a la misión, como nuestro llamado particular.

Sin embargo, fue antes de todo esto, que ambos descubrimos el llamado que Dios nos hacía, a cada uno, a la misión ad gentes. La misión es, en realidad, un regalo, un

encuentro con la Persona viva y real de Jesús, que te enamora y te hace compartir el Amor que has recibido. De ahí surgió nuestra vocación. Más que una decisión personal, es una invitación amorosa a compartir gratis lo que Él te ha dado gratis.

Como cuando recibís una noticia tan increíble y buena, que te deja boquiabierto, te asombra como un niño, te desacomoda y te hace levantarte de tu zona de confort, para gritarle al mundo tal acontecimiento. ¿Cómo no compartir lo que uno ama, cómo no darlo a conocer?

Cuando tenés esa experiencia con Aquel que te amó primero y te ama con locura, no podés callarte, no podés guardarte tanto Amor para vos mismo. Hay que compartir la semilla, para que dé frutos, como un bosque que crece lentamente.

Por tanto, ante tal acontecimiento, que se llama Amor; ante esa Persona real, que es Jesús, tenés que estar con la actitud humilde y de escucha, de aquel que, no teniendo nada y estando desnudo, lo recibe todo del que Es Todo.

Uno, por tanto, sólo puede, primero asombrarse, descubrirse pequeño ante tal Misterio, ante ese universo de Misericordia y llenarse de gozo por tan grande noticia. Y, segundo, ante ese encuentro con Jesús, uno siente la inquietud de dejarlo todo, como los apóstoles, y responder “habla, que tu siervo escucha” (I Sm 3, 9), “envíame a mí” (Is 6, 8), “aquí estoy, Señor, para hacer tu Voluntad” (Sal 40, 8-9).

Al final de cuentas, no tenemos ningún mérito en esto, Él nos ha amado primero, le ha dado su infinito Amor a nuestro ser finito, y todo esto gratuitamente. Como nos dice el Evangelio “sólo hemos hecho lo que teníamos que hacer” (Lc 17, 10). Lo único que hemos hecho -y es lo único que depende de nosotros- es decirle “sí” a su llamado. Decía San Juan Pablo II, que “la aventura de la santidad empieza con un ‘sí’ ” a Dios.

Y cuando das ese “sí”, lo único que podés encontrar es a Jesús, en la risa chimuela de un niño, en la mirada tierna de una madre, en el abrazo con olor a sabiduría de un abuelito, en el pan compartido con una familia que apenas te conoce, o las lágrimas de un pueblo por tu partida... porque cuando sos capaz de cruzar la orilla y salir de vos mismo, es cuando realmente encontrás la tierra prometida, es cuando sos capaz de amar a tu hermano, como Cristo te ha amado.

Desde antes de casarnos, empezamos a hablar sobre irnos de misión más allá de nuestras fronteras. Muchos nos cuestionaban que, ¿para qué irse afuera con tanto trabajo por hacer en Costa Rica? Es verdad, hay mucho que hacer en nuestro país, pero la Iglesia es una, como decimos en el Credo, y la necesidad de anunciar el Evangelio es igual adentro como afuera de nuestro país.

El único mandato de Cristo es “id por todo el mundo y anunciad el Evangelio” (Mc 16, 15), éste es el carácter universal de nuestra Iglesia (katholikós). Sin misión, la Iglesia es una semilla que no da frutos.

Es por tanto, un Amor que debe ser anunciado, un Amor que no conoce fronteras ni idiomas ni culturas. Un Amor que se da a todos los hombres, y que requiere de obreros para la mies. Es necesario que nuestra Iglesia siga enviando misioneros, desde la vocación que sea, a compartir el Amor a todos.

Entonces, prácticamente, apenas nos casamos, empezamos a buscar posibilidades dentro y fuera de nuestro país, para poder dar forma a esa semilla que Dios había sembrado en nuestro corazón. Escribimos cartas y correos, compartiendo todo lo que Dios nos había dado y había hecho en nuestras vidas, como nuestra mejor carta de presentación.

En marzo del año pasado, la Obra Misionera Ekumene, un instituto español, principalmente laico, nos respondió, y empezamos a intercambiar correos para conocernos mutuamente. Parte de ese proceso que nos planteaban, estaba el viajar a España, para tener una experiencia comunitaria por un mes, y así, aprender más de ellos, y juntos discernir si ese era nuestro camino.

Casi un año después, en enero del 2019, viajamos a España -confiando totalmente en Dios, en medio de un enredo de sentimientos y preguntas- para encontrarnos personalmente, sin hacernos muchas ideas, y dejarnos sorprender por lo que Dios tuviera para nosotros.

Ekumene nos presentó su carisma, compartir la fraternidad del Amor de Dios y construir el Reino del Amor, en esta Casa Común. Conocimos sus misiones y proyectos en México, España y República Democrática del Congo. El Señor nos fue hablando en el silencio de la oración, y nosotros fuimos dando forma al llamado misionero en nuestro matrimonio.

Al volver a Costa Rica, a nuestros trabajos, recibimos su respuesta afirmativa, luego de dos meses de espera, ansiedad, y algo de temor; el Lunes Santo, cuando estábamos de misión en Guanacaste. Este momento fue hermoso, porque muchos familiares y amigos estaban orando por eso. Incluso las personas del pueblo de misión sabían de este anhelo, y oraban por nosotros, sin casi conocernos. El recibir la noticia fue una alegría compartida en Iglesia.

Pero, ¿cómo nos sentíamos ante todo esto? Tuvimos que detenernos para pensar todo lo que Dios nos estaba dando. Después de tantos años de oración y paciencia, la misión se sentía más cerca, y nos costaba digerir la realidad de todo lo que esto significaba: dejarlo todo. Dar este paso no era fácil, ni sencillo, pero nuestros corazones estaban llenos de alegría y esperanza.

Significan lágrimas, sentimientos nuevos, emociones que se enfrentan, peleas por tonterías -*qué deberíamos llevar o dejar, la vida de oración que debíamos cuidar más, el cansancio que nos derrota por tanto papeleo*-; y reconciliaciones con el otro y con Dios. Significa cerrar los ojos y abrir el corazón. Irse duele. Eso es una realidad.

Nuestras familias siempre nos apoyaron, desde que éramos novios, sobre nuestro deseo de ser enviados a la misión. Pero esto era más grande, mucho más grande que nosotros mismos y que ellos. Duelen las lágrimas de nuestras madres, la voz quebrada de nuestros padres, llenas de consejos; los buenos deseos de los que amás, las preguntas de nuestros sobrinos, ahijados y chiquitines de nuestras vidas. Duele el tiempo que vas a estar lejos sin verlos crecer, o las mil preguntas ante las que Dios guarda silencio. Pero si duele, es porque amás; y ese Amor de nuevo te dice: -“¡Confía! No tengas miedo”.

El 24 de agosto del 2019, salimos de nuestro país, con rumbo a España, a iniciar nuestro proceso formativo, para prepararnos a la misión de Lukotola, en la zona de Lubumbashi, en la República Democrática del Congo, por un plazo mínimo de 2 años, que pueden convertirse en más.

Nuestra formación incluye oración diaria, vida en comunidad, estudio bíblico, Teología, Misionología, Carisma de Ekumene, estudio y aprendizaje de francés y swahili, entre otras cosas.

Además, asistimos a la Escuela de Formación Misionera (también en Madrid), que es un curso intensivo de Misionología, por tres meses, donde estudiamos sobre la Realidad Mundial desde el Evangelio, documentos misioneros de la Iglesia, Historia de la Misión, Grandes Religiones, Historia de la Misión, diversos talleres, entre otros. Somos 22 misioneros de distintas partes del mundo, como Timor Oriental, Angola, Mozambique, Polonia, Colombia, México, etc. y distintas vocaciones (religiosas, sacerdotes, laicos). Algunos de nuestros amigos misioneros ya han partido a sus tierras de misión, en Asia, África y América.

Nosotros somos los únicos costarricenses, y el único matrimonio. Es una riqueza cultural compartir con tantas personas apasionadas por la misión ad gentes. Y, con toda esta diversidad, es hermoso sentirse Iglesia, unidos por lo grandioso del Amor de Cristo, que nos permite construir familia, como hermanos.

Como dijimos antes, nuestra misión será en África. Allá, Ekumene tiene un proyecto de desarrollo agrícola y un instituto de educación técnica. Tenemos muchas expectativas, soñamos con muchos proyectos, imaginamos muchas cosas... promoción de la mujer, educación y catequesis infantil, desarrollar el dispensario de salud; pero cuando miramos nuestra historia personal y matrimonial, nos damos cuenta que con Dios no podemos perder nuestra capacidad de asombro (como un niño). Lo primordial es compartir y estar con las personas, dejándonos sorprender por todo lo que Su Amor tiene para nosotros.

Al fin de cuentas es Su Misión, y nosotros sólo somos invitados a participar de la construcción de su Reino de Amor. Él nos va mostrando el Camino, un paso a la vez. La iniciativa siempre es Suya y en esto, hemos entendido que el Espíritu Santo ya está ahí, aún antes que nosotros llegemos.

Los miedos siempre están, como fantasmas que nos recuerdan nuestras limitaciones, nuestra pequeñez. Hay, sobre todo, miedo por lo que dejamos atrás, nuestros seres

amados, el no poder comunicarnos con ellos como quisiéramos (sobre todo cuando ya estemos allá en misión; Lukotola no sale en los mapas tan fácilmente, y los medios de comunicación son muy limitados), o perder esos momentos junto a ellos, para siempre.

Cuando nos casamos, entendimos que a esto que Dios nos llamaba, significaba estar nosotros tres (Andre, Dios, Chris) contra el mundo. Claramente, el que siempre da la cara por este trío, es Él, su Amor, su fuerza... y el saber que Él confió en nosotros, antes que nosotros confiáramos en Él.

Por eso, sobre nuestros miedos, vence su Amor; sobre nuestras debilidades ponemos su Fuerza, sobre nuestras dudas su Verdad. Sobre nuestra fragilidad su Misericordia. Confiamos en Él. Nunca nos ha fallado. Sobre todo, confiamos en ese Amor que va delante, y que se manifiesta en todos aquellos que hoy oran por nosotros, porque eso es lo que nos sostiene y nos hace sentir cerca. Las oraciones de rodillas, delante del Señor.

En fin, no estamos haciendo nada extraordinario, sólo cumplimos nuestro llamado que recibimos desde el bautismo. Hemos dejado que lo extraordinario de su Amor deje huella en lo ordinario de nuestras vidas. Sólo basta un "sí" para que tu vida cambie totalmente... Sólo basta dejarte amar, para desear compartir ese Amor con todos. De nuevo, como nos dijo una vez San Juan Pablo II, "no tengamos miedo". La misión urge, la misión es ahora. La misión o es Amor o no es.

Nota: Les compartimos el link de nuestro blog <https://misionerosdeloimposible.wordpress.com/> donde compartimos nuestra experiencia en todo este proceso y todo lo que Dios nos va dando en la misión. Este blog nació justo antes de salir de nuestro país, con el deseo de acercar la misión a todos - sobre todo a los jóvenes- para que crean en ese Dios que no conoce imposibles, y para que no dejen de soñar con seguir su llamado.